
La filosofía de René Schérer en *Pari sur l'impossible*

María Noel Lapoujade

Schérer, René, *Pari sur l'impossible*. Paris, Presses Universitaires de Vincennes, Col. La Philosophie hors de soi, 1989.

El destino bajo la forma del azar puso a René Schérer en México hacia fines de 1992. René Schérer, autor de una quincena de obras de profundo interés para la filosofía actual, escribe *Pari sur l'impossible*, desde una postura heterodoxa, desmitificadora, profundamente erudita y rigurosa, aunada con la bella expresión de un pensamiento cuya radicalidad finca, sobre todo, en su indeclinable defensa de la Humanidad, desde todos los ángulos. Su filosofía, plural, busca recoger, integrándolos en una totalidad plástica, los fragmentos de un hombre desarticulado por herencias filosóficas varias. En este sentido, Schérer nos devuelve un hombre erguido ante la adversidad. Un hombre cuya dimensión utópica, que le es inherente en todo tiempo, cataliza la conversión de lo imposible en posible.

Su filosofía denuncia las perspectivas parapetadas en los inmovilismos, la pasividad ante “imposibilidades” decretadas de antemano.

Schérer toma partido por lo imposible y, se propone desactivar este mecanismo paralizante, para promover un hombre pleno.

El epígrafe de su libro encierra su crítica y su propuesta fundamental: “Lo imposible es el escudo de los filósofos, la ciudadela de los pobres de espíritu y de los haraganes. Una vez acorazados de la palabra *imposibilidad* juzgan, en última instancia, toda idea nueva” (Ch. Fourier, *La fausse industrie*, tomo I, p. 82).

Profundamente preocupado por el devenir actual del mundo y, para encaminarse a su comprensión, Schérer emprende minuciosos recorridos históricos. Así, integra una perspectiva social, jurídica y política, con una concepción del hombre cuya matriz ontológica descubre un ser ético-estético esencial. Es precisamente en la consecución de una existencia ético-estética en que el hombre puede conquistarse como humano, en una unidad universal, plural, de *todo con todo*.

La vía privilegiada para aspirar a este sincretismo universal se expresa en la propuesta de *una estética pasional* en la medida que ella augura la posibilidad de un hombre más pleno, en cuanto su energía centrífuga lo lleva a desparramarse en la exterioridad y, en el otro, amando sin más.

En cuanto a las filiaciones filosóficas del pensamiento de Schérer, son múltiples. La presencia de Fourier es reconocida explícitamente por nuestro autor. Pero la originalidad de Schérer estriba sobre todo en la manera como integra a su propia reflexión una tradición que parte de Platón, pasa por Bruno, Cusa, Leibniz y lo conduce a Kant. Su lectura de Kant es el punto de intersección de concepciones, del cual parte, para construir su propia perspectiva.

Rousseau, Kant, Fourier, el Romanticismo alemán —que considera prefigurado en Kant— constituyen pregnantes acicates de su pensamiento. A partir de allí, Husserl, Heidegger y sus contemporáneos franceses Deleuze, Derrida, Hocquenghem, promueven su reflexión.

Si nos sumergimos en la obra, *Pari sur l'impossible* nos conduce a su propuesta final de una estética pasional, no sin antes establecer los diversos fundamentos, en una trama filosófica totalizante.

La obra se abre con el planteamiento de *La exigencia utópica*, (Preámbulo) que es una reivindicación de la utopía en tanto registro de lo humano. Dimensión utópica no significa una especulación hacia el futuro, ni una construcción imaginaria alternativa, fuera de las coordenadas espacio-temporales. Finjar la utopía entre los rasgos definitorios de la condición humana la convierte en ese registro que se manifiesta en la vida cotidiana como el desbordamiento fáctico inevitable de actitudes vitales positivistas ciegas, a través de la pasión.

La necesidad de una estética pasional deriva de la importancia de la atracción apasionada de los seres, lo que puede convertirse en un elemento ordenador de la sociedad —y no como se quiere, en general, un trastocador del orden. La estética pasional puede erigirse en una salvaguarda de la comunicación intersubjetiva, catalizador para la autoafirmación individual, y por ende, nuestro autor sostiene: “La utopía va de lo imposible a lo posible imponiéndole la marca de la exigencia o de lo necesario”.

En tal sentido Schérer se acerca a Fourier, quien en 1808 afirmaba que: “[...] La ‘reforma doméstica’, es decir el orden social según la atracción apasionada, resolvería de súbito todos los problemas de lo político volviendo inútil la política” (p. 8).

Sobre la base de esta premisa analiza una posible relación entre política y utopía en función del lenguaje. Schérer realiza un riguroso análisis del lenguaje del terror en la época de Robespierre y, sostiene que

deriva —además— de cierta concepción subyacente de la razón. Entonces el autor propone: “Otro tipo de racionalidad, de acuerdo con las pasiones humanas, deberá de ahora en adelante, [...] inventar un nuevo lenguaje” (p. 11).

Próximo a Fourier, nuestro autor desenmascara en la cultura, tres órdenes de discursos fundadores: el discurso teológico, el moral y el político, cuyas promesas de libertad, de justicia y de felicidad, contrastan con los hechos que ellos disimulan: la miseria, la servidumbre pasional, las guerras, las revoluciones. Los discursos, aun los revolucionarios, quedan “petrificados” en torno a principios cuyos contenidos no son sino “los fantasmas verbales” que expresan (Cf. p. 36).

En suma, la línea de ruptura con la cultura se expresa en la defensa de una libertad pasional, vertida en un nuevo lenguaje desocultante, a través del que se plasman cotidianamente diversas *Utopías amorosas*, de las que se ocupa ahora Schérer.

Su punto de partida, una vez más, es Kant. Un fino análisis del opúsculo kantiano: *Qué es orientarse en el pensamiento*, constituye la base desde la cual iniciar la reflexión. Su exposición pasa por otras obras de Kant: las *Críticas*, la *Metafísica de las costumbres* y por Sade. Finalmente Schérer concluye que el desenfreno de la sexualidad en la obra de Sade permanece —paradójicamente— muy próximo al puritanismo kantiano, en cuanto, tanto para Kant como para Sade el deseo y la pasión quedan encerrados en el “sujeto moderno”, “centrado sobre el yo tiránico, aislado de los otros, tendido hacia la imposible apropiación de los objetos de su gozo” (p. 62).

Ante ello, su propuesta se encamina a plantear una estética que gira en torno a un universal derecho al amor, como la vía más plena para trascender —en la inmanencia— un principio inhumanizante de individuación, mediante el logro de unidades humanas cada vez más amplias, basadas en la infinita diversidad plástica de posibles fusiones pasionales.

Para contemplar “el lugar del amor en la economía pasional” el autor se aproxima otra vez a Fourier y sostiene: “Comprender el destino del amor en Fourier, es comprender este doble aspecto del orden social: integralmente industrial o productivo e integralmente amoroso” (p. 70).

Fourier-Schérer buscan eliminar toda traza de egoísmo en el amor, más aún, un anonadamiento entusiasta del yo. Con ello, afirma Schérer que el destino del amor es una figura de la conjunción mística de los opuestos, en la medida que tiende a trascender todos los límites de una individualidad clausurante.

En consecuencia el amor es una forma de trascendencia en tanto se vuelve sublime.

Para comprender esta idea nos remite necesariamente a la *Crítica de la facultad de juzgar* de Kant. Allí Kant enfoca uno de los sentidos de lo sublime como el sentimiento de la vivencia de lo infinitamente grande, en rigor, inherente al destino del hombre, en cuanto inconmensurabilidad de la idea de infinito que allí se expresa. Si se continúa por esta vía, la orgía deviene sublime, en cuanto propone “un infinito de relaciones que no puede jamás ser en sí mismo, objeto de una representación intuitiva directa” (p. 79).

En el otro extremo, el de lo infinitamente pequeño, se desarrollan las manías singulares que cada uno lleva.

En lenguaje de Fourier: “lo infinitesimal grande” y lo “infinitesimal pequeño”, son los dos extremos que se tocan en cuanto expresiones de lo sublime, en el amor.

El pensamiento de Schérer, próximo a Fourier y al Romanticismo alemán, nos conduce hacia la propuesta de *una estética pasional*. Tanto para los Románticos alemanes —la generación de Hegel, Schelling, Novalis, Schlegel, Tieck, etcétera— como para Fourier —de la misma generación; y para Schérer, la estética y la ética se imbrican en una unidad dinámica. Más aún, sostiene Schérer: “Todo lo que se coloca bajo el nombre de estética, más allá de la satisfacción de las simples necesidades, no tiene nada de superfluo: es el punto culminante de la vida misma, su razón de ser, su destino” (p. 86).

En tal sentido, Schérer señala tres direcciones según las cuales la dimensión estética puede ser explorada, siguiendo a Fourier.

La obra de arte total, pensada como acordes armónicos y, yo agregaría, música del alma, tal como Novalis lo desarrolla a través de la noción de *Stimmung*.

Una estética de lo bello, comenzando por la descripción misma del órgano sensorial, la estética como doctrina de lo sensible, apegándose a la acepción primera del término “aisthesis”: sensación.

Pero a partir de este “humilde” origen sensorial, la paulatina estetización de lo humano culmina en una estética de la pasión que se convierte en motor y guía del “entusiasmo social”.

Una estética de lo sublime, en la que desemboca y se trasmuta la estética de lo bello, en cuanto por ella se entiende: “Es preciso entender por ello la superación de toda forma convenida y limitada, la transgresión de los géneros (tanto artísticos como aquellos que aíslan la estética de la erótica y de la ética), la exaltación del sacrificio social, el entusiasmo” (p. 90).

Schérer considera que la estética se sostiene en el lazo social, en la comunicabilidad, para lo cual nos remite —y lo considero adecuado—

a la *Crítica de la facultad de juzgar* de Kant. Tan es así que deseo agregar una cita de la *Crítica*, en que se fundamenta esta referencia de Schérer. En el párrafo 40 de la *Crítica de la facultad de juzgar* leemos: “Por *sensus communis* hay que entender la idea de un sentido comunitario, es decir, de una facultad de juzgar que en idea (*a priori*), se atiende en su reflexión, al modo de representación de los demás, con el objeto de ajustar, por decirlo así, a la razón humana total su juicio” (Kant).

De todo lo cual Schérer concluye: “Propiamente hablando no puede haber goce estético para el individuo aislado. Sólo la armonía social es estetizante por excelencia en la sublimidad del ‘uniteísmo’” (p. 92).

A modo de conclusión deseo arriesgar un rápido bosquejo del pensamiento de Schérer.

Por la vía de la comunicabilidad, de la existencia estética, como necesariamente comunitaria, nuestro autor enhebra sus conclusiones con su punto de partida. Su filosofía que finca en la historia, la sociedad y el mundo, no abandona sus raíces cuando alcanza su punto culminante en el planteamiento de la necesidad de *una utopía estética pasional*. En rigor esta propuesta es el nombre teórico para designar la posibilidad práctica de aspirar a un hombre total, pleno, feliz.

El pensamiento de Schérer es integrador, totalizante. Es una filosofía que se desenvuelve en intersecciones de ideas, las que, en su cruce, se sintetizan. Así, lo universal late en lo particular; lo social “*hospitalario*” se habita con individuos “*cosmopolitas*”. La subjetividad monádica, atómica, se construye en una comunidad intermonádica. La infinitud se despliega en centros unitarios siempre multiplicados; esto es, el infinito se puebla por infinitas mónadas, que son lo uno, la más pequeña unidad irreductible, tan ideal como el punto geométrico que puede convertirla en imagen. La unidad de lo real resulta de la infinita multiplicidad.

Schérer propone la dimensión utópica en el seno de lo temporal, cotidiano; piensa la transgresión de los límites en la pasión fusionante, sin por ello abolir la diferencia en las singularidades. Concibe la trascendencia del amor, en la inmanencia del “alma atómica”.

Nada de lo humano es ajeno al *humanismo bedonista* de Schérer. Su pensamiento dibuja una trama plástica donde en una realidad móvil se desplaza el hombre: individuo-social cambiante, in-estable, tan móvil como su matriz espacio-temporal que lo recorre y cobija.

En suma, la filosofía de Schérer expresa el prometeico esfuerzo por *convertir en posible lo imposible*.